



Publicado en ABC el 7-11-2017.

Hace unas semanas se volvió a reabrir en España el viejo debate acerca de la eutanasia. Dos familias entregaban 280.000 firmas en el Congreso, solicitando su despenalización. Junto a la presentación de las firmas y, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, parte de nuestros representantes, utilizaron la ocasión para atacar al oponente político, con la demagogia y mal gusto que viene siendo habitual. Acusaciones sobre falta de derechos humanos en nuestro país, fomento del sufrimiento y otras lindezas por el estilo, fueron algunas de las consignas que se esgrimieron.

Curiosamente en España existe un único caso, el de un doctor de origen argentino, condenado por tal delito allá por el año 2009, como consecuencia de un temerario “exceso de honestidad” que dejó plasmado en su parte médico. En la sanidad española ya desde hace algún tiempo, se viene aplicando, de manera responsable y perfectamente legal la denominada eutanasia activa indirecta. Evitando por un lado, el abandono del enfermo o anciano en su desenlace final, cuando padece dolores y sufrimiento, y por otro lado ayudando a desterrar, el encarnizamiento terapéutico, consistente en prolongar su vida de manera irracional y obstinada.

La solución, como defienden muchos profesionales sanitarios, vendría dada por un verdadero desarrollo y dotación presupuestaria de la Ley de cuidados paliativos, que regularía el derecho a morir dignamente y los posibles problemas planteados en torno al mismo. Pues la despenalización sin más del suicidio asistido, nos llevaría con toda seguridad a unos problemas mayores y no sólo de componente ético.

La ideologización del discurso, sin atender a la dimensión real del problema, la dificultad de abordar de manera global la cuestión, como consecuencia de las diferentes regulaciones autonómicas existentes, que provocaría desigualdades en una cuestión tan importante, entre los ciudadanos de nuestro país y, en definitiva, la ausencia de un debate sosegado y responsable, nos lleva de nuevo al ruido y a la confrontación.

Desgraciadamente en las sociedades, siempre habrá personas que desearán morir, antes de que la madre naturaleza o quien cada uno crea, le señale su momento. Después de muchos años escuchando en mi entorno familiar, cómo parte del trabajo de un médico, internista en este caso, consistía en ocasiones en ayudar a los enfermos a abandonar dignamente y en paz este mundo, y como ahora yo años después por mi profesión, acudo con frecuencia a lugares donde un ser humano ha decidido de manera prematura poner fin a su vida, me pregunto, si el Estado, la sociedad en su conjunto, no debería estar más preocupada en abordar el preocupante aumento de suicidios que se producen en los últimos tiempos entre la población en general, concentrando los esfuerzos en intentar salvar vidas humanas, antes que en facilitar su muerte. ■

Ignacio Nieto González. Inspector del CNP